

## El conejo tramposo

SAN JUAN TEOTIHUACÁN Comadre Lupe

Éstos eran dos viejecitos que tenían una hortaliza, y sucedió que comenzaron a notar que los chilares amanecían despuntados. Entonces decidieron ponerse a espiar para descubrir al animal que se comía los brotes tiernos de los chilares.

Así fue como un día fueron viendo a un conejito blanco que entraba en la hortaliza y se comía las matas; el viejito trató de alcanzarlo, pero no pudo, pues el conejo era ligero y, en menos que se los cuento, se metió en su madriguera, que estaba al pie de un pirul. El viejo puso distintas trampas, pero el conejo, que era muy listo, se dio cuenta de que querían atraparlo y tuvo buen cuidado para no caer en ellas.

Entonces a la viejita se le ocurrió hacer un muñeco de cera de Campeche para ponerlo a la entrada de la madriguera del conejo, de modo que cuando éste quiso salir y es encontró con el monigote de cera, creyéndolo de deveras, le dijo: —¡Quítate de aquí y déjame pasar ! Naturalmente que el mono ni se movió y el conejo, ansioso de salir, volvió a decirle: —Si no te quitas, te doy... Y como el monigote no respondía a su amenaza, el conejo le dio una trompada, con lo que se quedó pegado de una mano. Entonces el conejo, en vez de tratar de despegarse con paciencia, se desesperó y le tiró al muñeco una trompada, y viendo que también esa mano se le quedaba pegada pensó que quizá podría despegarse a patadas y ¡Zaz!.... que le da una y otra y que se queda pegado de las dos patas. Viendo el conejo que no se podía despegarse del monigote, lo amenazó con morderlo diciéndole: —¡Si no me sueltas, te muerdo! Pero como el muñeco no lo soltó, el conejo le dio la mordida y se quedó pegado hasta el hocico.

El viejito, que por entonces lo andada espiando, al ver que había caído en la trampa lo cogió y se lo llevó a la casa; allí se entretuvo en quitarle la cera con mucho cuidado, pues quería conservar la pielecita y en esto hizo mientras su mujer preparaba una olla de agua caliente para guisar al famoso conejo. Para esto, mandó al viejito a que fuera a traer carbón para poner la lumbre, y al viejo se le hizo fácil dejar al conejo en el suelo tapado con un chiquihuite; cuando entonces acertó a pasar por allí un coyote muy curioso que fue a meter las narices debajo del chiquihuite y oliendo, oliendo, descubrió al conejo.

¡Qué bueno que te encontré le dijo el coyote, pues traigo mucha hambre! -Mira, no seas malo —le dijo el conejo, sábetete que estoy aquí porque me van a traer unas carnitas muy sabrosas, sino que me dejaron debajo del chiquihuite para que no me pegara el sol; si quieres te dejo mi lugar con tal de que no me comas. El coyote, entusiasmado con la idea de las carnitas, dejó ir al conejo y se quedó en su lugar, de modo que cuando la viejita llegó con el agua hirviendo para pelar al conejo, se encontró con el coyote, se enfureció y le echó el agua encima. El pobre coyote que

estaba desprevenido, al sentir el agua hirviendo corrió despavorido aullando del dolor que le causaban las quemaduras.

Al cabo de unos días se curó y tan luego como pudo se fue en busca del conejo, y cuando lo encontró le dijo: —Ahora sí te como, conejo mentiroso, pues por tu culpa me saqué unas buenas quemaduras. Pero qué tonto eres —le contestó el conejo— te hubieras esperado. ¿No ves que primero era el caldillo y después las carnitas? —De todos modos, hoy sí me las pagas —le dijo el coyote—. Pues tengo mucha hambre. El conejo. Aprovechando que estaban a la orilla de una laguna y que había luna llena, pensó en engañar al coyote de esta manera: —Mira—le dijo—, no me comas, mejor cómete ese queso tan bueno que está flotando en el agua, tú sabes nadar y puedes ir por él; yo no sé, estaba esperando que la corriente me lo trajera a la orilla. El coyote, muy convencido, se tiró al agua en busca del queso, mientras el conejo ponía pies en polvorosa. Mucho tuvo que nadar el coyote sin lograr nunca llegar al queso, entonces se dio cuenta de que era el reflejo de la luna y comprendió que el conejo lo había engañado otra vez; así que no le quedó más remedio que salirse del agua, muerto de hambre y entelerido de frío; pero eso sí completamente decidido a buscar al conejo y a comérselo, donde lo encontrara.

Pasaron muchos días sin que lo hallara, cuando por fin lo fue viendo en una loma; el conejo lo vio también y como se pasaba de listo, lo espero muy tranquilo, recargado contra una piedra. El coyote llegó y le dijo: —Ahora sí, prepárate a morir, conejo tramposo, que ya van dos veces que me engañas. —Pues si quieres, cómeme—le dijo el conejo—, que al cabo poco te ha de durar el gusto, pues el fin del mundo depende de que yo deje de detener esta piedra, así que sí decides a comerme, te morirás tú también; en cambio, si me dejas vivir, me quedaría por siempre aquí, deteniendo la piedra y mientras tanto tú podrías seguir viviendo muy tranquilo.

El coyote, muy creído, le dio las gracias y se fue muy contento pensando que el conejo se quedaría deteniendo la piedra para que él no se muriera. Pero pasados unos días lo fue viendo, desde lejos, arriba de un nopal comiendo tunas, por lo que comprendió que lo del fin del mundo no había sido sino otro engaño, así que fue en su busca decidido a comérselo. Cuando llegó al pie del nopal, el conejo, que ya se imaginaba a lo que iba el coyote, le dijo: —Ya sé que esta vez no podré liberarme de ti, pero dame el gusto de que antes de que me comas te dé a probar unas tunas. ¡Están tan frescas para estos tiempos de calores! El coyote, creyendo que el conejo ya estaba resignado a que se lo comiera, se sentó junto al nopal a esperar, con la boca abierta, las tunas peladas; pero el conejo, que era mañoso y pensaba únicamente en salvar el pellejo, se aprovechó de la ingenuidad del coyote echándole, una tras otra, tres tunas con todo y espinas. El pobre coyote, sintiéndose ahogar, corrió en busca de un alma caritativa que lo curara. En tanto, el conejo se valió del momento para tomar las de Villadiego.

Así paso el tiempo, cuando un día que el conejo estaba junto a un troje, que va viendo venir al coyote más enojado que nunca; creyéndose entonces perdido, pensó, en el momento, cómo librarse de la muerte y para eso cogió un costal y se fue a esperarlo debajo de un árbol. Allí lo fue a alcanzar el coyote y le dijo: —¡ahora sí encomiéndate a Dios!, porque esta vez serás muerto, ya es mucho lo que te has burlado de mí. Está bien —le dijo el conejo—, estoy dispuesto, porque al fin los dos hemos de morir. ¡Mira nada más cómo está de cargado el cielo! Ya me dijeron que va a caer una granizada tan fuerte que ha de acabar con todo, como el diluvio. ¿Para qué les cuento el miedo que tenía el coyote a las tormentas? El pobre, con el rabo entre las piernas, le pregunto al conejo: —¿Y cómo podría yo librarme de la muerte estando tan lejos de mi madriguera? - Pues, ligero le contestó el conejo—, yo aquí tengo este costal que había prevenido para meterme adentro de él tan luego como comenzara la granizada, pero como no tenía quién lo amarrara ya que estuviera adentro, estaba muy triste pensando que de nada me había de servir. Si no me comes, te lo doy y yo mismo te lo cierro; así siquiera tú te salvas de morir en la tormenta. El coyote, sin pensarlo más, se metió al costal; el conejo lo amarró y lo colgó con muchos trabajos de la rama de un árbol; después juntó piedra bola, de la que trae el río, y le gritó al coyote: —¡Aquí viene la granizada! Y diciendo esto se soltó dándole tal apedreada, que el pobre coyote gritaba: —Ay, conejito, si yo que estoy dentro del costal siento la granizada, ¿qué será de ti que estas descubierto? Pero el conejo, en vez de contestarle, le lanzó otra lluvia de piedras y así lo hizo y lo volvió a hacer hasta que acabó con el coyote. En cambio, el conejo siguió viviendo todavía mucho tiempo confiando más en su maña que en sus fuerzas. Y entró por un camino salió por otro, quiero que me cuentes otro.

SAN JUAN TEOTIHUACÁN Comadre Lupe